



La gesta del Pelado. Memorias alternativas de la Guerra de Malvinas¹

Rosana Guber (CONICET-IDES)

El Pelado (Jorge) Klaich contó su historia muchas veces y a mucha gente. Era su propia gesta por una vivienda para él y su familia en la ciudad capital de la provincia de Corrientes, una jurisdicción argentina fuertemente implicada y connotada por la guerra de Malvinas de 1982. El Pelado entendía que merecía esa casa justamente por haber ido al Teatro de Operaciones del Atlántico Sur con el Grupo 3 de Artillería de Paso de los Libres, anexa a la III Brigada de Infantería con sede en Curuzú Cuatiá. Pero los hechos de esta historia que tantas veces contó, no datan de 1982 sino de la segunda mitad de 1987. Desde entonces el Pelado empezó a producir, primero práctica y luego narrativamente, un sentido muy distinto del que los argentinos pudimos construir de la única guerra en la cual participó la República como potencia beligerante durante el siglo XX, y también de la única guerra en la cual participaron conscriptos civiles junto a cuadros profesionales de las fuerzas armadas nacionales frente a otro ejército regular, el de Gran Bretaña. Tamaña novedad generó experiencias diversas: no sería lo mismo la de los patagónicos que la de los chaqueños, la de los jefes que la de los soldados, la de quienes “cruzaron el charco” a las islas, que la de quienes permanecieron en el continente. Sin embargo, la memoria supuestamente homogénea sobre Malvinas que adoptamos los argentinos tras aquel 14 de junio, día de la capitulación, no dio lugar ni a la diversidad de voces ni, sobre todo, a su reconocimiento.

En efecto, a lo largo de la posguerra hemos mantenido a este acontecimiento sellado por el sinsentido, como una guerra absurda llevada a cabo por una dictadura de comandantes inexpertos y ávidos de poder, montados en la reivindicación de una causa nacional y popular como la recuperación de las Malvinas e islas del Atlántico Sur. Llamativamente, es ésta una mirada que, pese a proclamarse contraria, ratifica que la única perspectiva posible para comprender Malvinas y el involucramiento de la sociedad civil y política argentina, es la de “los dictadores”. Sin embargo, aquella guerra, como cualquier otra, reunió a distintos sectores durante y después de la contienda. Y pese a que el desenlace fue el puntapié para la caída del Proceso de Reorganización Nacional (en adelante PRN) y el advenimiento de una nueva era democrática, la memoria de Malvinas fue de todo menos plural y matizada, pues no dio lugar a las voces que procuraban un posicionamiento que eludiera ciertos lugares comunes. Las principales víctimas de esta operatoria fueron los ya ex-soldados—a los que conocemos como “ex-combatientes” y “veteranos de guerra”—fijados en la indefensión (falta de instrucción), la tortura (por el hambre, por el frío, por los estaqueos) y los abusos de poder. Ni sus testimonios (como en el libro *Los chicos de la guerra* de Daniel Kon [1982] y en todos los que le siguieron), ni

¹ Este artículo fue presentado en numerosas ocasiones y publicado por el *Observatorio Parlamentario Cuestión Malvinas*, de la República Argentina, en 2007, en una página web de breve existencia.

sus prácticas individuales y colectivas pudieron eludir el *corset* de la “memoria antidictatorial” estructurada en una narración enfocada en “la violación masiva a los derechos humanos”.

A 25 años de aquella contienda internacional quizás valga la pena echar una nueva mirada a esos actores, los únicos civiles que pelearon del mismo lado que los cuadros profesionales, y restituirles la posibilidad de cierta autonomía. Esta tarea parece imprescindible si aceptamos que las memorias del pasado—no el pasado tal cual fue—están siempre abiertas, son colectivas y en sí mismas históricas, es decir, están sujetas al devenir social y político; si entendemos que los procesos de historización dependen de “las convicciones sustanciales que detentan los miembros de una sociedad acerca de partes del pasado, así como de ideas generales acerca de lo que sería históricamente plausible” (Peel 1984:112, mi traducción). Estas convicciones son el marco y la estructura con que se interpreta el pasado, se da sentido al presente y se imagina el futuro. Y dado que los actores son, a la vez, sujetos históricos y analistas de los procesos de cambio y continuidad de los que participan, lo ‘históricamente plausible’ se redefine constantemente según el orden vigente y la posición social que los actores ocupan en él (Guber 1994). En suma, hablar hoy de Malvinas incluye, necesariamente, un debate sobre los posicionamientos posibles que generó el conflicto armado con Gran Bretaña de 1982. Requiere, por eso, escuchar voces y atender acciones que prácticamente no han sido reconocidas por los análisis académicos y los discursos públicos, dictados por las conveniencias coyunturales de la corrección política.

El relato del Pelado compone una experiencia que nos permite acceder a formas alternativas de posicionarnos ante todo lo que hoy evoca “Malvinas”. En su singularidad, ese relato y la construcción de su experiencia malvinera en la posguerra, son dignos de atención, al menos porque nacen de lo que una porción de quienes estuvieron en Malvinas pensó e hizo con lo que vivió en 1982 y después. Pero no es éste un posicionamiento aislado en el vacío, sino acuñado en el lugar que la sociedad política y civil argentina le asignó a quienes estuvieron allá, de un diálogo poblado de palabras, acciones y demasiados silencios. Como una imagen especular, el relato del Pelado puede devolvernos una nueva mirada sobre algunas de las convicciones que volcaron a los argentinos a las calles y a los medios, a respaldar el desembarco en la Isla Soledad, tras 149 años de ocupación británica. Y puede así, desde su experiencia, devolvernos la continuidad histórica con la participación más ostensible de la sociedad bajo el PRN, participación que civiles, intelectuales y políticos hemos preferido olvidar.

I. La gesta del Pelado²

² Este relato fue obtenido magnetofónicamente, y transcrito por la autora en sus notas de campo. Las secciones entrecomilladas son citas textuales de aquella jornada. Los ... señalan cortes en la cita, con el fin de abreviar una presentación que contaría, completa, con 30 páginas.

“Nosotros vivíamos en una pensión, en una piecita de 4 x 4, al costado del puente General Belgrano”, empezó diciendo el Pelado, sentado afuera de su casa en el barrio de viviendas populares del Instituto de Vivienda de Corrientes INVICO. Había pedido una casa, se había anotado para la próxima adjudicación, y le correspondía “como veterano de guerra, como ex-combatiente, Bueno: hasta el día de hoy estoy esperando esa adjudicación, porque nunca se cumplió”.

A decir verdad, el Pelado no había tenido suerte o había llegado tarde; algunos camaradas contaban con una vivienda de INVICO desde 1983, 1984, pero el Pelado había llegado a Corrientes desde Paso de los Libres recién en 1985 y en 1987 la cosa pintaba diferente: quedaban todavía, sólo en Corrientes capital, “más de 120 muchachos sin casa”. Llegó la reunión de un viernes de setiembre, en el centro de ex combatientes, y “éramos cerca de 14 muchachos que gritábamos que había que tomar casas. Había 60 veteranos, habían 20 que no tenían casa que éramos los que más gritábamos, y 14 de ellos estábamos decididos, a tomar sí o sí”.

A la mañana siguiente el Pelado no tenía que ir a trabajar a la imprenta, así que “me pasa a buscar un muchacho, que es el que tomó la casa junto conmigo acá cerca, y que estuvo en el grupo de artillería junto conmigo”. Primero a hacer el relevamiento: “hablamos con otro muchacho, veterano de guerra que vivía acá en la esquina, antes que se hagan todas estas viviendas, y él nos dice: miren acá en ese grupo de viviendas, las 49 viviendas, hay un montón de casas vacías, vayan y miren. ... detectamos 12 casas vacías! Tomábamos nota”. Pese a que la vecina contestaba que el presunto dueño había salido hacía un ratito, sospechaban su desocupación permanente. Así que recurrieron a unos chicos que andaban merodeando “les preguntamos si vivía alguien. Ellos nos dicen que no, que ahí lo único que había era un tacho, era una manguera, un rastrillo, una azada, un colchoncito todo roído, todo comido, finito, no sé, habrán utilizado como bulín seguramente, después había un capote, un capote para la lluvia, viejo, todo hecho pelota. Les digo: -Pero no vive nadie? No hay nada? No hay muebles? -No, no hay nada señor”.

Esa misma mañana el Pelado le dijo a su compañero: “-Mirá, yo voy a tomar esa casa, sí o sí”. Habló con un hombre que tenía un camioncito para fletes, arregló el precio en diez pesos y se fue a su casa donde “Olga, mi señora, me estaba esperando con la comida. Le digo -No, dejá todo, dejá la comida. Te digo no comí, ni ella tampoco. Vamos ya. ... Cargamos todas las cosas en un solo viaje. ... habremos llegado 5 y media de la tarde, pasamos por la canchita ... había una cantidad mucho más grande de veteranos de guerra, habrá habido un grupo de cerca de 20 veteranos de guerra jugando. ... Me ven pasar a mí, los saludo y ... con los muebles y todo, bueno, acá se pudrió todo. Cuando me ven a mí, dejan de jugar al fútbol, y se vienen”.

Ni con todas las llaves pudieron abrir la puerta hasta que “el dueño del camión me dice: -Mirá: yo tengo unos cortahierros, unos hierros como para hacer palanca, hice un agujerazo ... Y abrimos la puerta. A partir de ahí fue a esperar ... a esperar que venga el enemigo ...”. Aprovechando que era “el 22 de setiembre que es la procesión a Itatí y bueno, yo me encomendé a la Virgencita de Itatí y dije: -Bueno. Si vos me vas a dar la mano, dámela ahora en este momento que preciso”. El Pelado se sentía seguro y conforme: “estaba cansado, con el

agua al cuello. ... El alquiler donde yo estaba viviendo había subido mucho y era una sola habitación de 4 x 4, y estábamos mi mujer, mis dos hijos y yo. Baño compartido para 11 personas y cuatro chicos, un pozo, una porquería”.

Un vecino, presuntamente encargado de cuidar la casa en ausencia de su dueño, llegó y lo amenazó esa misma noche “que me van a desalojar a las patadas”. Pero “a las 6 , 6 y media, 7 de la mañana” del domingo vinieron los muchachos, y se apostaron con ostensibles armas al frente de la casa del Pelado.

A las “5 o 6 de la tarde ... llega (el dueño) con la mujer y uno de los tipos...., se acercan a la ventana, yo no les abrí la puerta”. El Pelado conocía al dueño por los comentarios de los vecinos: “me lo pintaban gordo, bastante robusto, un hombre de unos cuarenti... 46, 47 años ... o sea, me guiaba por todo lo que me decían” y ahí apareció: “-Abro la ventana, lo atiendo, y el tipo me amenaza de que... va a salir lastimada mi familia, que yo me cuide... porque me va a sacar por izquierda, que ellos tenían abogados, que ellos tienen plata, que ellos tienen esto, que me van a hacer miles de cosas. Yo siempre le rebatía: -Bueno, hacé lo que quieras, andá por la justicia, tratá de no buscar la violencia, yo no quiero que haya violencia. Lo único que te pido! Vamos a terminar mal! Yo no quiero lastimar a nadie! Yo quiero una casa, ésta o otra pero yo quiero una casa!”.

El lunes el Pelado recibió una amenaza telefónica en su trabajo; el presunto dueño le preguntó si era suboficial; “como soy gordito, pelado, doy apariencia de un tipo más grande, él pensó que era un suboficial.

-No soy suboficial, le digo, y si soy suboficial, qué?

-Te voy hacer perder tu puesto. Estoy seguro fuiste de esos milicos...

- Mirá, estás equivocado, fui un soldado. Mirá, fui soldado y estoy muy contento de haber sido soldado y haber estado en Malvinas.

- Qué vas a estar en Malvinas vos, y acá te querés hacer el macho, y en Malvinas te cagaste todo, y le digo:

- Mirá, podés irte a la puta que te parió vos! ... yo todavía no sabía que era paraguayo, al día de hoy me llega a decir eso, ahí sí, capaz que nos agarramos a las piñas. Pero bueno, yo no sabía, ignoraba todo, que era paraguayo nacionalizado, un acomodado del gobierno. Me decía que a mi familia la iba a desalojar, (que) le iba a pagar a 4 ó 5 muchachos del barrio La Gata, que es un barrio muy pesado de acá de Corrientes, y me iban a sacar a las patadas. Lo más lindo de todo (es) que yo trabajé con los muchachos de la Gata, en Transporte Malvinas haciendo recolección de residuos! Todos me conocían, todos me conocen como el Pelado. Yo decía: - Vos te creés que se van a jugar por guita contra mí?”

En la casa, “Olga tenía la orden de no abrir la puerta, de mirar bien por la ventana y listo. Y había, se empezó a juntar muchos vecinos y me daban apoyo. Me ayudaban, me decían: -Mire, nosotros estamos de parte suya, lo que sí algunos me ponían de manifiesto de que no querían problemas, o sea, que yo sea kilombo. Yo les dije: -Si a mí me ataca yo voy a responder, pero no voy a hacer problema con ninguno de los demás, y hasta el día de hoy lo demostré, en todo momento con cualquier vecino de acá tengo una excelente relación. ... Todos me conocen por el ex-combatiente pelado. ... Me decían: -Cualquier cosa, se te llega a armar problema,

denme los chicos, nosotros los tenemos y ustedes se quedan aguantando la casa, que eso fue lo que ocurrió en definitiva cuando me atacó la última vez. (porque ésta fue) una de las tantas veces, porque si yo te cuento las veces que me llegó. Y así me aparecía un día de semana, los fines de semana, por ahí no venía. Volvía a aparecer de nuevo a los tres o cuatro días. Pasaba una semana que no aparecía. Estuvimos tres o cuatro meses así. Yo terminé en setiembre octubre noviembre ... Noviembre era cuando fue el ataque final”.

“(El dueño) Me intentó hacer juicio por, por... daños, por usurpación, en la parte penal, criminal, yo había hablado bien con mi abogado. Me había dicho: -No vayas, no te presentes. Me llamaron una vez no fui; dos veces no fui, tres veces no fui, cuatro veces no fui, cinco veces no fui, hasta que vino la policía, bueno ... me llevó. Uno de ellos era un ex-combatiente, un policía. Y me dice: -Mirá, Pelado, ya te conocemos a vos, para qué te vamos a llevar esposado? Es como resistirse a la autoridad no ir la quinta vez. Me llevaron caminando hasta la octava, que queda acá, ponele que sean quince o veinte cuadras caminando nos fuimos con los policías, conversando de todo un poco, de distintas cosas, hacé de cuentas que grandes amigos, sin esposas sin nada. ... Ningún drama. Llego allá. Con todo respeto me toman la declaración, me hacen todo, me llevan a la jefatura, me toman las impresiones digitales, me explicaron todo, muy bien, ningún problema. ... Me llevan al Juzgado y le habrán comentado al Juez ... que estaba a cargo del Juzgado número 6 Criminal. Le habrán comentado que yo era ex-combatiente, que yo era pesado, que cinco veces no me presenté, y le habrán pintado un tipo grandote, una bestia, un Rambo y me ve a mí, gordito, chiquito, una cara de boludo, sentado, esperando que me tome la declaración. Sale afuera el tipo, de bigotes, grandote, de traje, sale afuera, va mirando todos los tipos, me mira a mí así, y se sonríe el tipo. Este es el malo de la película!? Bueno, salí sobreseído en la causa, así nomás”.

“Entonces el tipo vino un día bien tomado, habló con el vecino ése, el que le cuidaba la casa. Un sábado a la tarde estoy en el fondo carpiendo, me puse la gorrita que usé en Malvinas, meta carpir ahí: sábado a la tarde, hacía un calor, un calor tremendo... no te miento si eran cerca de 40 grados y yo dale con la azada. (El dueño) Me llega por el fondo del vecino ese, que lo hace entrar al que era dueño de esta casa, lo hace entrar por el fondo y se paran ahí en el alambrado, porque dividían unos palos con alambre que lo pone el INVICO para hacer las divisiones ... Y yo pensé, te juro que yo pensé que era uno de mis vecinos, que siempre me cargaban, -Che Jorge, esto, lo otro, y me doy vuelta para contestarle y decirle -Vení a ayudarme a limpiar vos también, y cuando me doy vuelta me encuentro con el tipo! No pasó a mi fondo. Se paró en la alambrada y yo con la azada en mi mano. Cuando lo veo, Uyayay! acá se va a armar la podrida, y mis nenes estaban junto conmigo, entonces les digo: -Váyanse adentro, y a Olga, mi señora, le digo: -Encerrate, encerrate vos y dejame acá solo. Salieron algunos vecinos y me hacían señas que me meta, que me meta adentro. Y yo decía -No, acá pisan adentro, y yo los agarro con la azada, acá los mato a los dos. Encima veo que los dos están tomados. Y se nota que habían estado chupando para darse valor, entendés? porque sanos no lo iban a hacer nunca. Me empezaron a amenazar, me volvieron a repetir, que yo acá me hacía el macho, pero en Malvinas me cagué todo ...”.

“Yo me meto para adentro, porque los vecinos ya me hacían seña: -Metete, metete que no le siga la corriente. ... Se van para adentro ellos, y yo por medio de mi señora los mando a llamar

a los muchachos que viven acá cerca, y vienen tres muchachos y la mujer de uno de los muchachos que se llama Carmen, que es una gorda pesadísima, ya te digo, brava, brava como no hay otra y se llevan muy bien con mi señora –que en cualquier momento ligo yo también!—. Yo ignoraba si acá afuera había mas gente que los apoyaba o no, ése era mi miedo, ... entonces podía traer mi grupo también. Vienen ellos. Se quedan acá adentro conmigo conversando, y vamos al fondo, seguimos carpiendo. Hacía un calor tremendo, y siento un golpe en la puerta: Bummm, Bummm, con todo. Bueno, vamos adentro y atiendo por la ventana. Le digo: -Mirá, yo te pido una cosa, no golpees la puerta, no busques violencia porque la vas a encontrar, yo había hablado bien con el abogado (que) me había dicho:

-Si entran tratá de hacerlo sonar o por lo menos lastimalo bien, que quede hecho pelota, yo te puedo defender, me dice, pero tratá de no matarlo, tratá en lo posible.

-No, pero ... y bueno, Doctor, qué pasa si yo me excedo? porque son varios vagos los que están conmigo, y en un momento de una pelea no medís si le vas a lastimar el brazo o si lo hacés sonar del todo. Y más si tenés, como tenía yo que me había fabricado una especie de arma con un palo así atado con un cuchillo, en donde ensartaba una bayoneta con filo de los dos lados, o sea una cosa que vos hacés así o así, y cortabas ... Hablando con este abogado, él me dijo: -Mirá tratá en lo posible de no usar la violencia, dejá que él haga todo. Yo sé que te va a costar, me dice, te vas a tener que morder, y los vagos que estén con vos capaz los vas a tener que contener vos, porque se le querían ir al humo”. Así que ante cada ofrecimiento de “cagarlo a palos” el Pelado contestaba: “-No, dejá, dejá. Y el tipo le daba a la puerta. El tipo me puteaba ... hacía un calor, te digo, un calor insoportable, todos andábamos de pantaloncito corto, éramos tres (muchachos). Después Juan se fue porque habían venido (para) que le arreglen la heladera. Me dijo: -Yo me voy a arreglar mi heladera, pero cualquier cosa avisame. La señora de él (Carmen) se quedó haciéndole compañía a mi señora, y los otros dos muchachos.

Bueno, la cuestión es que viene el tipo y empiezan a golpear, me insulta, ... y seguían golpeando la puerta. Siguen golpeando la puerta, le digo a mi señora, y Carmen la ayudó, calentaron agua, hirvieron agua. En cierto momento le digo: -Mirá, yo ya estoy cansado, seguí buscando... y seguía golpeando, ... y se empezó a llenar de vecinos. Todo acá era toda una tribuna, y miraban expectantes a ver qué pasaba. Yo tenía al lado mío esa bayoneta que yo había armado, al lado mío la tenía. El tipo se prendía de la reja de la ventana y me decía: - Haceme lo que quieras, haceme si sos macho, para mí era fácil, era agarrar y chau tipo! Pero ¿y después yo? ¿Y después mi familia? ... Bueno, la cuestión es que los que no estaban serenos eran los de adentro. Yo trataba de mantenerme sereno, porque uno de ellos agarró una azada, y ... ¿vos te imaginás lo que iba a ser? Iba a ser una masacre: dos tipos tomados contra tres muchachos jóvenes bien sanitos, con todas las facultades listas, ...muchas ganas de dársela ... Y calentamos agua. Pegan dos o tres golpes más, me pasa el agua mi señora y les tiro por la ventana. El dueño de la casa era el que golpeaba en ese momento, porque por ahí se turnaban con el vecino, un flaco más alto, mas atlético (que) se la daba de pesado, después se dio cuenta que con agua se le pueden pasar los ánimos, con agua caliente. Le tiro un baldazo de agua hirviendo y pegó un alarido y salió rodando, que se revolcaba y me decía: -Hijo de puta, me quemaste, yo te voy a hacer meter en cana por lesiones!... Sale el vecino, dice: -Dejame a mí! y le empieza a dar mazazos a la puerta, me pasa otro poco de agua Carmen y mi señora, le tiró, otro que meta dar vueltas. Me puteaban los dos ... y me decían haceme lo que quieras, acá

tenés, hijo de puta! Otro le abre la panza y se terminó el problema, pero yo, doy gracias a Dios, el que me ilumina siempre, de que no hice caso a lo que me decían ellos, ... para mí hubiera sido muy fácil. Yo sabía que iba a haber serias complicaciones, yo quería la casa, no quería lastimar a nadie ... (Y yo) como vi que el agua caliente no daba resultado, le digo a mi señora: -Calentá aceite, una cacerolita ... Y calentaron. Cuando vi que estaban golpeando y ya ...la puerta ya se había empezado a doblar, le digo entonces: -Traeme el aceite así nomás, no llegó a hervir, porque si llegaba a hervir hasta el día de hoy el tipo tiene un agujero acá en la espalda. El vecino éste estaba desnudo, en cambio el dueño de la casa estaba con una camisita. Igual le quedó todo el lomo colorado por el agua caliente. Le mostraba a los policías: -Mirá lo que me hizo este hijo de puta. Bueno, le tiro el aceite hirviendo, y ya te digo, hasta el día de hoy hacemos la broma de que quedó la figura del tipo así, con el aceite (en la pared). ... Justo ahí, justo ahí llegó la policía. Llega la policía y: -Señores, por favor, me van a tener que acompañar.

Y bueno, llego a la Comisaría, a la 8va, y lo veo al tipo que estaba...le mostraba así a los canas: -Mirá lo que me hizo este hijo de una gran puta! la espalda toda colorada, hecho pomada el tipo. Hice toda la denuncia y listo. Ahí se sofrenó. Después de ahí el tipo pasó algunas veces por acá con auto, minas y todo, pero no, nunca más”. Santo remedio. Como yo te digo: el aceite caliente, el agua hirviendo calma los nervios ,,,”.

II. Malvinas en Corrientes capital

La historia del Pelado revela una gesta personal que se presenta en estrecha analogía con el conflicto de 1982. Esa analogía es fácilmente reconocible no sólo porque invoca a Malvinas en cuanto a los participantes (ex soldados), los insultos del dueño (“en Malvinas te cagaste todo”), el centro de ex combatientes (donde el Pelado anunció su decisión de tomar una vivienda). Lo es porque atraviesa las mismas etapas que atravesó el conflicto, y reproduce los *tempos* o sentidos de temporalidad, de cada una de ellas³.

La literatura que reseña los hechos ocurridos entre abril y junio de aquel año, ya se trate de autobiografías de ex soldados (Kon 1982, Esteban y Borri 1993, Farinella 1985, Manzilla 1987, Speranza y Cittadini 1997, Túrolo 1982/85, etc.), análisis periodísticos (Cardoso et.al.1982/1992, Burns 1987) o militares (Balza 1987, Busser 1987, Costa 1988,

³ Más allá de las posturas filosóficas acerca del tiempo como dado (Kant) o como subjetivo (Bergson), la antropología y la historia han demostrado empíricamente que las formas de experimentar el transcurso del tiempo varían según la época, la cultura, el sector social, y los acontecimientos mismos. Hasta aproximadamente los años 60 historiadores y antropólogos, y todas las ciencias sociales, consideraban que la humanidad estaba dividida en moderna y primitiva o tradicional. La primera gozaba de una temporalidad lineal, acumulativa, progresiva, siempre mirando al futuro, mientras que la segunda estaba sumida en la inmovilidad, la tradición y el pasado, reproduciendo los ciclos del horizonte mítico en la vida terrenal. Tiempo lineal y tiempo mítico correspondían, pues, a pueblos diferentes. Sin embargo, desde los 60 y ciertamente desde las guerras de liberación de Asia y África, y los movimientos de rebeldía en América Latina y en plena Europa, los intelectuales comenzaron a admitir que ambas temporalidades podían coexistir en una misma sociedad, sólo que aplicadas a actividades u órdenes de la vida diferentes. A grandes rasgos, las temporalidades lineales se asocian a la esfera industrial y productiva, mientras que las cíclicas se asocian a la política, la religiosa y la ceremonial.

Freedman y Gamba 1990, Hastings y Jenkins 1984, Moro 1985, Piaggi 1994, Robacio y Hernández 1996, Ruiz Moreno 1986, etc.), da cuenta de los siguientes períodos:

1. la toma de Port Stanley y la casa del gobernador británico Rex Hunt;
2. la distribución de fuerzas militares en las islas Soledad (East Falkland) y Gran Malvina (West Falkland);
3. la espera a la reacción británica;
4. el comienzo de las hostilidades británicas (1° de mayo);
5. el desembarco en el Estrecho de San Carlos (Falkland Sound) (21 de mayo);
6. los combates en las defensas de Puerto Argentino (ex Port Stanley) (11-14 de junio);
7. la caída de Puerto Argentino y la rendición argentina (14 de junio).

Esta cronología no evoca, en quienes la protagonizaron, tan sólo una sucesión de hechos bélicos, sino de *tempos* distintos, unos rápidos y otros lentos: la toma repentina de Port Stanley en la madrugada del 2 de abril; la llegada gradual de tropas hasta el establecimiento unilateral británico de la Zona de Exclusión argentina, en un radio de 200 millas en torno de Malvinas y Georgias del Sur, el 12 de abril; la larga espera hasta el 1° de mayo de quienes se iban apostando en el campo, cavando los pozos de zorro y preparando sus defensas; finalmente, el tempo cada vez más veloz de los ataques finales a cada posición, más tempranos al oeste de la Isla Soledad, más tardíos hacia el este y la capital isleña. En este decurso los tiempos largos de las esperas se acotan con el vértigo de los combates que culminan con el traslado al continente de los heridos y, al finalizar el conflicto, con el tempo lento de la detención en los campos de prisioneros, la entrega de las armas, la espera y el embarque de los contingentes argentinos hacia los puertos patagónicos.

En su gesta, el Pelado recorre prácticamente todas estas etapas con sus tempos correspondientes: su repentina decisión de “tomar una casa”, motivada por el hartazgo de una espera infructuosa de dos años de vivir en una pensión de mala muerte; la publicidad de su decisión en una reunión del centro de ex combatientes un viernes por la noche y, por la mañana, el relevamiento del barrio, la identificación de una casa posible, volver a la pieza para ni siquiera almorzar; sólo cargar los trastos y desembarcar en el barrio de INVICO con una compañía integrada por veinte ex soldados que estaban jugando al fútbol en las inmediaciones. La violación de la puerta principal de la casa a la vista de todo el vecindario, y la ocupación efectiva de la vivienda. “A esperar que venga el enemigo ...”. El Pelado ríe cuando cierra con estas palabras la primera fase de su relato, evocando cuando él mismo esperaba al lado de un cañón 108 mm. la llegada de los ingleses. Esa misma noche el vecino encargado de cuidar la casa ocupada, hace una advertencia y a la tarde del día siguiente aparece el dueño legal en su auto y con su vecino para amenazar al Pelado, ostentando poder, dinero, contactos, fuerza jurídica. Desde entonces se suceden amenazas, llamadas, apariciones y “aprietes” varios, un verdadero bombardeo de desgaste. Pasan los meses de setiembre, octubre y parte de noviembre. El dueño legal intenta acciones judiciales y cita al Pelado quien no se presenta. Llega una tarde calurosa de noviembre, la hora del “ataque final”. El Pelado

repele el golpe del dueño legal y su vecino colaborador; es llevado detenido pero la acción queda en suspenso. Finalmente el Pelado obtiene la propiedad de su vivienda.

Este paralelismo en secuencia narrativa y en temporalidades, muestra que el Pelado está siguiendo cierto patrón que probablemente aprendió de Malvinas y que, al reproducirlo, se convierte en su propia gesta: la toma de una casa en un barrio de INVICO.

III. La respuesta civil a las invasiones inglesas

Sin embargo, sobre esta analogía argumental básica, el Pelado propone un final distinto. La diferencia parece obvia: en 1987 él pudo quedarse en la casa, mientras que en 1982 los argentinos debieron retirarse de Malvinas. Esta obviedad demanda una pregunta: ¿cómo concibió el Pelado un final exitoso para su historia, si la experiencia fundacional de su propia gesta, 1982, terminó en el fracaso? Para saberlo, habría antes que diferenciar entre los hechos de 1987 y la historia que el Pelado me fue contando desde que lo conocí en 1991 hasta la versión que me relató aquella tarde de setiembre de 1992. Al indagar en el sentido que para él, sus camaradas de aventura, y sus sucesivas audiencias, fue tomando lo ocurrido en 1987, esta historia emerge no tanto como una cronología o sucesión de actos, sino como un encadenamiento significativo cuyo éxito radica en su plausibilidad. El éxito de la historia del Pelado no proviene tan sólo de su “victoria” ante el dueño legal de la vivienda, sino también, y quizás fundamentalmente, de auditorios para los que la historia ha sido creíble y, además, significativa. Hemos aquí dónde radica el éxito de su historia y, por ende, el de los hechos de 1987, su capacidad instructiva como proyección política y social.

Para contribuir a hacer plausible su narración, el Pelado recurre a una figura histórica familiar a los argentinos que aparece en la culminación de su argumento. Pese a haber servido en un grupo de artillería, disparando o alimentando un cañón desde la retaguardia, el Pelado confecciona una lanza con bayoneta propia del combate cuerpo a cuerpo, y por ende, de la infantería. Pero la lanza queda de lado, como las armas de fuego de sus camaradas. En el combate final recurre al agua hirviendo y al aceite caliente. El punto aquí no es sólo que así lo hiciera sino, sobre todo, que tanto él como su esposa y los camaradas que cuentan esta historia comparten, igual que sus eventuales audiencias, el mismo sentido. Tan peculiar armamento se inspira no en Malvinas sino en otro tiempo, lugar y contienda, diferentes y semejantes a la vez tanto de 1982 como de 1987. Los hechos de 1806 y 1807 se sitúan en el puerto de Buenos Aires, no en Corrientes, ante las llamadas “invasiones inglesas” del General Thomas Beresford, cuando el gobierno porteño delegado de España repele el intento de ocupación. Las tropas británicas ven así frustrada la toma de Buenos Aires, una base posible en la expansión imperial sudatlántica para asegurarse el paso al Océano Pacífico. La toma de las Islas Malvinas el 1º de enero de 1833, habitadas entonces por un pequeño número de criollos y extranjeros, en jurisdicción de la Provincia de Buenos Aires es precisamente el efecto de aquel rechazo que en 1806 y 1807 protagonizaron militares y civiles en la ciudad-puerto de Buenos Aires.

Estos sucesos no son importantes por su analogía con 1982 sólo porque comparten el mismo enemigo. Son importantes porque la historiografía argentina presenta a “las invasiones inglesas” como el antecedente directo del 25 de mayo de 1810, el primer grito autonómico de Buenos Aires con respecto a España. Los protagonistas de 1806-1807 son ciertamente las tropas criollas y peninsulares en territorio ríoplatense, pero también la población civil que hace lo suyo para repeler al invasor echándole aceite (más probablemente grasa animal derretida) y agua hirviendo desde las ventanas y los techos de sus casas en las inmediaciones de la Plaza, el Cabildo y el puerto. Así, el evento de 1987 logra reunir distintos tipos de armamento que connotan, en las narraciones posteriores, distintos actores sociales.

En su gesta de aquella tarde de noviembre en el barrio de INVICO, los cañones de Malvinas daban lugar a las armas de fuego que portaban los camaradas del Pelado y que éste les instruyó no usar; el Pelado tenía su lanza-bayoneta casera que ni siquiera entró en acción. A punto de iniciarse el combate, los civiles urbanos de 1987 apelaron a armas que hasta Olga y Carmen—el colmo de la civilidad, pues las mujeres han estado exentas del servicio militar obligatorio en este país—pueden fabricar y emplear. El Pelado, Olga y los demás sonríen con una mezcla de perplejidad y regocijo cuando cuentan que aquella casa fue defendida con medios tan elementales ... aunque de tanta significación histórica.

Tres coyunturas quedan así reunidas: 1807, 1982 y 1987, los umbrales de la argentinidad, un régimen dictatorial, y un régimen democrático. En un lapso de 180 años se han sucedido tres enfrentamientos con extranjeros intrusos y usurpadores, dos de los cuales han sido con Gran Bretaña: Beresford, el comandante de la Royal Task Force Alte. Sandy Woodward, y el paraguayo nacionalizado argentino. Las dos puntas de este recorte temporal que han trazado el narrador y sus audiencias—1807 y 1987—están coronadas por la victoria y en ambos casos esa victoria es protagonizada por civiles. Sin embargo, 1987 subsume dentro de una serie histórica, la posición pendiente de algunos civiles bajo una democracia. Estos civiles ostentan características muy particulares que dan a la gesta del Pelado su específica proyección política y social.

IV. Una identidad liminal.

Desde sus propias palabras o desde los calificativos de los demás—los vecinos del barrio, el dueño de la casa, los residentes de La Gata, etc.— el Pelado se presenta a sí mismo como “ex combatiente” o como “veterano de guerra”. Así también figura en los planes de INVICO como potencial beneficiario en tanto cierto porcentaje (entre el 1 y el 3%) de viviendas debe asignársele a quienes fueron soldados en Malvinas. En ambos casos—sea como “ex combatiente” o como “veterano”—se alude a una figura social novedosa para los argentinos. Sin antecedentes en la materia, los únicos veteranos residentes en el país eran quienes procedían de la primera y la segunda guerras mundiales, y de la Guerra del Chaco. Más tarde hicieron pie en la Argentina los veteranos de las guerras de Indochina, los refugiados laosianos, muchos de ellos sus protagonistas armados.

Así, hasta 1982 la Argentina carecía de una experiencia formada a partir de su participación directa en un conflicto bélico entre fuerzas regulares, en un campo de batalla internacional entre dos estados nacionales.

Los conscriptos que acababan de obtener la baja, “los clase 62”, y quienes iniciaban su período de instrucción, “los clase 63”, más algunos “viejos” que debían cumplir con el servicio militar obligatorio por haberse beneficiado de una prórroga, fueron los primeros y los únicos conscriptos civiles que participaron en un Teatro de Operaciones. Tenían en general 19 ó 20 años, y habían sido sorteados a los 18, desde que en 1973 se modificó la edad de servicio previa establecida a los 21. Hasta entonces, la edad de la conscripción coincidía con la del pasaje a la mayoría de edad legal, de modo que cuando un hombre obtenía la baja egresaba también como un varón adulto con plena capacidad legal. Entre estas capacidades disponía de autonomía para decidir en diversos órdenes de la vida, como contraer matrimonio, adoptar hijos, decidir tratamientos prolongados, comprar y vender bienes inmuebles y armas, y disponer de una cuenta bancaria.

Esta brecha entre jóvenes menores de edad que sin embargo venían de cumplir su deber con la patria en una guerra, fue expuesta en el espacio público inmediatamente después de la noticia de la rendición. La tarde del 14 de junio de 1982 suscitó dos perplejidades que pronto habrían de fundirse. La primera fue la sorpresa del desenlace para una población civil, informada por la prensa argentina de los éxitos en la batalla y desinformada, convenientemente, de las noticias adversas. La segunda sorpresa fue la aparición de una nueva figura social, la de los ex soldados.

La distancia de la verdad, “primera víctima de la guerra”, propiciada por el gobierno y la prensa argentinos, no difería demasiado de la política informativa del gobierno británico (Latin American Newsletters 1983), o de lo que otras potencias beligerantes, como EE.UU., aprendieron a callar desde el desastre moral y bélico de Vietnam. Sin embargo, también es cierto que los ocultamientos de la prensa inglesa sobre sus pérdidas y bajas, no fueron tan disonantes con respecto al resultado final del conflicto, como sucedió con el bando argentino que perdió la contienda. Esta primera perplejidad que la memoria social de los argentinos identifica irónicamente con el título de una revista de la época (“Vamos ganando!”), pronto derivó en un sinsentido, efecto de la paradoja fundante, aunque implícita, de la experiencia en Malvinas: una causa de soberanía tan cara a los argentinos, emprendida por el régimen más cruento de su historia moderna. El epíteto callejero “Galtieri, borracho, mataste a los muchachos”, que resonó en el atardecer de aquel 14 de junio y que se refería al presidente de la tercera junta del PRN, comandante del Ejército Argentino y uno de los dos iniciadores de las operaciones sudatlánticas, parecía retrotraer a la Argentina al clima político previo al 2 de abril. Tres días antes del desembarco argentino había tenido lugar la primera manifestación pública y masiva de oposición al régimen militar, conducida por las fuerzas políticas nucleadas en la llamada Multipartidaria, y por las dos ramas de la Confederación General del Trabajo. El 14 de

junio el clima de reclamo era similar al de aquel 30 de marzo con sus detenidos, apaleados y gaseados en las calles y plazas de todo el país, como si en el intervalo posterior, del 2 de abril al 14 de junio, la comunión malvinera no hubiera involucrado a la población civil y a la sociedad política (Guber 2001a, 2001b).

Una segunda cuestión invocada en el cántico, era la aparición de Galtieri como sujeto absoluto de la acción (“mataste”), y de los soldados como su objeto directo (“a los muchachos”). La idea no era descabellada pues insertaba a los soldados en un conjunto mayor de víctimas de muerte, tortura y desaparición en los seis años precedentes y bajo el mismo régimen. ¿Pero cómo explicar semejante unilateralidad después de la comunión del 2 de abril? ¿Acaso esos jóvenes varones indefensos a merced de un general, habían asistido al Teatro de Operaciones pese a su voluntad y a la de sus padres, pese a sus pertenencias gremiales, partidarias y laborales? Contribuyendo a la polarización, el epíteto obviaba a los demás protagonistas de esta historia: la sociedad civil y política argentinas, y muy llamativamente el enemigo británico. Desde aquel 14 de junio de 1982 la contienda internacional se convirtió, en el sentido común, en un enfrentamiento desigual entre argentinos: militares versus civiles; militares opresores y estaqueadores, a menudo cobardes e ineptos, versus civiles sin instrucción, muy jóvenes e ingenuos.

Aquí residió, precisamente, la segunda sorpresa que suscitó el 14 de junio: sociedad y Estado debían hacer algo con los recién llegados, aproximadamente 8,000 conscriptos, algunos de los cuales serían restituidos a la vida civil casi de inmediato (los clase 62). Los restantes, pese a una conscripción concentrada en un teatro bélico real, deberían concluir con su año de servicio (los clase 63). Ese “qué hacer” podía expresarse en varios frentes. El más inmediato era el tratamiento médico—físico y psicológico—que las fuerzas armadas les dispensaron desde sus hospitales militares a lo ancho y a lo largo del territorio nacional. Ciertamente, hubo quejas de ex soldados, pero también de oficiales y de suboficiales, motivadas en la demora en las consultas y los tratamientos, en un sistema sanitario desbordado por los efectos de una contienda de proporciones. Pero había una gran diferencia entre las dos clases de asistidos: los ahora ex soldados no podían decidir por sí mismos a ciertos tratamientos e intervenciones. Eran, todavía, menores de edad ante la ley y precisaban la autorización de sus padres o de un tutor adulto—un hermano mayor, un familiar menos directo o un vecino. Esta condición de “minoridad”, de aparición tan repentina como la responsabilidad adulta invocada el 2 de abril para ir al combate y empuñar armas de guerra en un teatro bélico internacional, se aplicaba también frente a las compensaciones o indemnizaciones por discapacidad, de las que estos jóvenes no podrían por el momento disponer. Quizás la interdicción de comprar armas no necesitaba una resolución tan urgente, aunque para los ex soldados era la más absurda.

Esta condición intermedia de menores para comprar una casa, disponer de un capital, comprar y manejar armas, etc., que sin embargo acababan de manejar granadas, cañones, fusiles y minas antipersonales, fue pronto sellada por la coyuntura política. Las

comandancias de las Fuerzas Armadas relevaron a la tercera Junta y emplazaron a un presidente militar, el Grl. Reynaldo Bignone, cuya principal misión sería conducir hacia una apertura política lo más gradual posible. Las elecciones presidenciales, gubernativas y legislativas en todo el país, convocadas para el 30 de octubre, conllevaron una revitalización de las redes partidarias y un despliegue de la actividad política pública, hasta entonces silenciadas por un régimen autoritario y persecutorio. Políticos y gremialistas, empresarios y militantes humanitarios, entraron en una serie de negociaciones acerca de cómo y hasta dónde condicionar dicha apertura. Entre tanto, en La Plata, Buenos Aires, Corrientes y Resistencia (Chaco), se formaban los primeros centros de ex soldados combatientes de Malvinas que, a poco de andar, se encontraron dentro de un clima político muy distinto del que los había envuelto en marzo y abril del 82, y sobre todo, del que habían sido testigos en su adolescencia. Para ellos esta novedad no era necesaria o solamente una ventaja; el precipicio se abría delante de los ya ex soldados que salían de baja con un status civil demasiado comprometido con el destino militar. No sólo eran parte de las fuerzas rendidas el 14 de junio; habían estado en una guerra, bajo el mismo bombardeo, en los mismos combates, en el mismo clima inhóspito del Atlántico Sur insular. Además, algunos habían sido víctimas de severos castigos de (algunos de) sus superiores, y nunca faltaba algún desubicado que dijera lo que todo el mundo pensaba: que estos “pichones de milico” eran poco confiables para una democracia en ciernes, y poco confiables también para integrar el movimiento de derechos humanos, pese a los esfuerzos y profunda convicción de algunos de ellos.

En suma, estos jóvenes varones eran civiles con amplia experiencia militar regular en un teatro bélico; no eran chicos pero tampoco eran plenamente adultos, habían ido al Teatro de Operaciones bajo un régimen dictatorial, pero deberían vivir su condición de ex soldados bajo un régimen democrático. Ocupaban así un lugar que resultaba incompatible con las categorías propias del sistema de clasificación social y política en la sociedad y la política argentinas de entonces. Este lugar puede ser descripto como “liminal”.

La literatura antropológica llama “liminalidad” al “umbral” o “margen”, a una “no-condición” inherente al pasaje de un status social a otro (soltero-casado, vivo-muerto, infante-adulto, etc.) que suele acompañarse de instancias ritualizadas. Por medio de estas instancias, los miembros de todas las sociedades hacen público el pasaje de sus miembros de uno a otro status, permitiendo así que los pasantes y demás miembros reconozcan sus nuevos derechos y obligaciones. Arnold Van Gennep encontraba que en todas las sociedades, de las más primitivas a las más industrializadas, esos “ritos de paso” seguían tres fases: la “separación” del individuo o el grupo, de la estructura social y las categorías culturales a las que pertenecía hasta entonces; la fase de “liminalidad” del sujeto transicional, quien por un período que puede oscilar entre unas horas y unas semanas, permanece en una posición ambigua con “pocos o ninguno de los atributos del estado anterior o por venir”; y finalmente, la fase de “reincorporación” del sujeto a la estructura social, ahora con las obligaciones y derechos propios a su nueva posición (1960).

Victor Turner describió la condición intermedia o liminal como un “estar ni aquí ni allá”, “en medio de posiciones asignadas y conformadas por la ley, la costumbre, la convención y el ceremonial”. Sus “atributos ambiguos e indeterminados se expresan en una rica variedad de símbolos” y en su homologación “a la muerte, a la invisibilidad” (Turner 1969:95; mi traducción). Por eso quienes “pasan” juntos comparten una camaradería e igualitarismo intensos, un “momento adentro y afuera del tiempo, y adentro y afuera de la estructura social secular” (ibid.:96). Estos rasgos tornan a la fase liminal en sociológica y antropológicamente interesante, no sólo porque suspende las categorías que cada sociedad reconoce como ordinarias y significativas, sino también porque en su decurso las sociedades trascienden el orden estipulado y abren las compuertas de la imaginación y la creatividad cultural para resolver sus contradicciones.

En su análisis de la relación entre nación y masculinidad en la Argentina, Eduardo P. Archetti señalaba que la imaginaria masculina nacional que se manifiesta en los sujetos culturales del polo, el tango y el fútbol, los dominios de la cultura que han hecho mundialmente famosa a la Argentina y que han modelado la auto-imagen mítica de los argentinos, “no es la oficial” (1999:189; mi traducción). Sus personajes principales—el jugador de fútbol y de polo, y el bailarín de tango o *compadrito*—“se convierten en signos de la nación porque son, en muchas y variadas formas, ambivalentes y ambiguos, y amenazan los códigos morales establecidos” (ibid.). Diego Maradona, llamado el “*pibe de oro*”, es concebido como un *chico* por su estado de carencia moral e irresponsabilidad social, “libre de sentimientos fuertes de culpa” (ibid.:184). Ser un pibe es “sentir la presión de la autoridad de la familia, los padres, la escuela”, pero también significa “que es más fácil ver los aspectos positivos y perdonar las imperfecciones” (Archetti 1999:182). Este modelo de interpretación está anclado en el desorden potencial; los pibes nunca serán plenamente hombres y tampoco asumirán plenamente sus obligaciones de padres y jefes institucionales (ibid.:184-5). Sus cualidades son la libertad, la creatividad y un estado de perfección cultural que convierte a la liminalidad en una condición permanente y, además, deseada.

Las reflexiones de Archetti sugieren al menos dos ideas cuando se contrastan con el caso de los ex-soldados. Por un lado, la liminalidad no sólo es constitutiva de las nociones más entrañables que los argentinos tienen sobre la masculinidad, sino también de la atribución de masculinidad ideal a figuras reconocidas como nacionales (el tango, el fútbol y el polo). La liminalidad sería entonces un rasgo asignado a ciertas identidades cuando éstas son reconocidas como genuinamente nacionales. Por otro lado, estas masculinidades liminales se ubican según sus orígenes míticos, en los márgenes de la sociedad establecida: el *compadrito* milonguero florece en los arrabales; el pibe futbolero campea en los potreros, los espacios vacíos de la ciudad; y el polista recuerda al gaucho que merodea en la pampa, libre de autoridad y patrón. En los tres casos, el poder del Estado, los políticos, la relación de dependencia laboral y la responsabilidad de la familia burguesa, están ausentes.

¿Qué sucede con los ex soldados? Ya se los llame ex-combatientes o veteranos de

guerra, es claro que la suya remite a una figura liminal inscripta entre dos fases del ciclo vital—la adolescencia y la adultez, el pasaje a la mayoría de edad—y de la historia política argentina—la dictadura y la democracia—así como remite a un estado intermedio entre dos condiciones de la ciudadanía adulta que marcaron a fuego el devenir político argentino: la condición civil y la militar.

La gesta del Pelado recupera esta ambigüedad a cada paso de la historia. Como migrante interno de la provincia de Corrientes, va a la capital y vive con su familia cerca del puente General Belgrano, en el límite de la jurisdicción provincial con el Chaco, y en los márgenes de una vivienda digna (los cuatro en una sola pieza, con un baño para 11 habitaciones). El Pelado se cansa de esperar una vivienda que el gobierno provincial le ha prometido en carácter de veterano de guerra, y decide operar fuera de la ley, tomando alguna casa desocupada aunque ya haya sido adjudicada. La decisión y el acto de violación de la propiedad privada son explicados con lujo de detalles, porque él no se propone estar ni mantenerse fuera de la ley; sólo quiere una casa. Se asesora con un abogado y evaluando sus sugerencias, fundamenta prospectivamente qué armas empleará para el combate y por qué (“no lo maté”). El Pelado tampoco es un ser antisocial; se ha ganado el respeto de sus vecinos garantizándoles que no habrá violencia salvo en defensa propia; a cambio, los vecinos le dan señales de protección destinadas a él (“metete, metete”) y a sus hijos (derivarlos a un sitio seguro cuando rompa el combate). Así, los rasgos se mezclan: el delito está en la palanca con que abre la puerta, y la ley oficial en las palabras del abogado; el rasgo castrense se aloja en el armamento de “los vagos” y en alguna prenda que recuerda al uniforme (“el gorro que usé en Malvinas”); la simbología civil radica en el resto de la vestimenta, en la ausencia relativa de jerarquías (incluso Carmen, una mujer muy “pesada”, puede llegar a “dársela” al mismísimo Pelado), y en la casa de un barrio de vecinos de la ciudad (no en un barrio de suboficiales, de los que hay tantos en la provincia). La dualidad cívico-militar es evidente en la convivencia de las armas de fuego que los camaradas guardan en aquella tarde de noviembre, o en el recuerdo de 1982, con el agua y el aceite hirviendo de 1806-7, mediadas por un arma casera aprendida probablemente en el sur.

Estos rasgos que denotan un status incierto no sólo se manifiestan en los objetos, las actitudes y el entorno social del Pelado, sino también en quienes, no habiendo ido a Malvinas, demuestran compartir esa ambigüedad y aplicarla en momentos cruciales. Uno de los policías que lo detiene la primera vez es un ex soldado y en tanto tal ayuda a morigerar el trato que le dispensan al Pelado. El acusado está detenido pero no se le aplican los típicos símbolos del reo: -Para qué te vamos a poner esposas? El juez y el resto de la guardia policial también prestan su acuerdo para dicho tratamiento. Por su parte, el dueño legal de la vivienda es un paraguayo nacionalizado que, en el argumento de la historia, opera como extranjero usurpador de un derecho otorgado a un argentino que fue a defender a su patria poniendo en riesgo su vida (“yo todavía no sabía que era paraguayo, al día de hoy me llega a decir eso, ahí sí, capaz que nos agarramos a las piñas”). En un apriete

telefónico, el dueño indaga la condición del Pelado para espetarle una amenaza creíble: si fuera un cuadro (suboficial) lo dejaría sin trabajo. Pero el Pelado responde que fue soldado y que está orgulloso de haber ido a Malvinas. Entonces el dueño ratifica a viva voz la ambigüedad de esta condición. Según el dueño, el Pelado no fue (“Qué vas a estar en Malvinas vos!”) y fue a la vez (“en Malvinas te cagaste todo!”); en Malvinas fue un cobarde (“te cagaste todo” [de miedo]) y en el barrio INVICO de Corrientes hace alarde de su valentía varonil (“acá te querés hacer el macho”). Según el dueño legal el Pelado es un usurpador de méritos y hombría, porque en realidad es un “cagón” que perdió las islas por no pelear.

Este tipo de insulto, el más habitual que tanto civiles como militares han proferido a veteranos civiles y militares desde su regreso en 1982, instala lado a lado la lástima por “los chicos de la guerra” con la decepción, la sentencia y el reproche. Lo que se calla y no se explicita es la co-responsabilidad de la sociedad civil y política en que el conflicto siguiera su curso: gente en las calles, remesas a los soldados, colectas públicas, festivales a beneficio, fondo patriótico, solicitadas periodísticas, actos en las plazas y los monumentos, declaraciones políticas, comitivas de representación en el exterior, invocaciones históricas, etc. etc. etc. Es precisamente este punto el que se ocultó cuando poco tiempo después del 14 de junio, ni civiles ni políticos hablaron o reconocieron su respaldo, siquiera, a la causa malvinera. “Yo nunca estuve de acuerdo!”, “¿cómo íbamos a ganarle a los ingleses?”, “era una locura”, “era una guerra absurda”. La liminalidad de los ex soldados denuncia el lugar ambiguo a que han sido arrojados por una sociedad civil y política esquivas a admitir su parte en la contienda. Esto, por supuesto, no desmerece la responsabilidad de quienes ocupaban los aparatos estatales, principalmente en relaciones exteriores, defensa, economía, interior, y fuerza armadas propiamente dichas, responsabilidad a todas luces reconocida, por ejemplo, en los improperios del epíteto “Galtieri, borracho, mataste a los muchachos”. Esta acusación que hace de los ex soldados “los pobres chicos de la guerra” es el único indicio de la responsabilidad de la sociedad durante los 74 días de presencia argentina en el archipiélago, aunque esa responsabilidad termine siendo derivada por completo al sector castrense.

La figura de los ex soldados es ejemplar en este doble sentido. Retomando el argumento de Archetti, el ex soldado se diferencia del compadrito, del pibe y del gaucho en que no nació como tal, esto es, como “ex soldado” ni en los arrabales, ni en los espacios vacíos del campo y la ciudad, sino de las entrañas mismas del estado argentino—el servicio militar obligatorio instaurado en 1901—en una iniciativa absoluta y definitivamente estatal-militar que derivaron en un conflicto armado internacional. ¿Pero cómo explicar que una figura hija del poder institucional por excelencia, el Estado, pueda convertirse en liminal? Los ex soldados no proceden de las márgenes pues devinieron en tales tras haber cumplido la instrucción que los convocó a Malvinas como parte de las Fuerzas Armadas argentinas. Quizás sea ese poder institucional del que proceden los ex soldados, el concebido por muchos argentinos especialmente después de 1982, como un agente promotor de espacios baldíos sin ley ni jerarquía ni paternidad responsable. Quizás sea ese

poder institucional, ya en democracia, el que abandona a los ex soldados a una pieza cara y sucia, cuando debiera compensarlos con una vivienda, en un acto de “reconocimiento”.

Según la lógica de esta historia, el Pelado recurrió a procedimientos ilegales ante la falta de respuesta de parte del Estado provincial, en una conducta que él consideraba injusta por lo no recíproca (pese a haber servido a la Patria en una guerra, no es compensado adecuadamente). Para colmos, ese Estado premiaba (por acomodo) a un extranjero con una casa que no necesitaba. Camaradas, vecinos, policías, juez y abogado mostraban con sus actitudes aprobar tal proceder. ¿Dónde radicaba el acuerdo?

Lo único que el Pelado buscaba era una casa, ésa u otra; no quería la violencia, no quería dañar a nadie, no quería hacer “kilombo”. Utilizó su condición de ex combatiente para demandar su derecho a la vivienda, y al hacerlo ratificó su condición liminal; ni niño ni adulto, ni militar ni civil, ni de la dictadura ni de la democracia y, ahora, ni dentro ni fuera del marco legal. Sin embargo, todo este arduo procedimiento no estaba destinado a mantenerlo en esta condición pues al bregar por una casa podría investirse como padre y jefe con la suma de la responsabilidad familiar. Por eso, para superar esa condición de marginalidad tan evocada hasta hoy por los ex soldados, y que aquí he llamado liminalidad, pobló ese predio del barrio de INVICO con mujeres esposas—no mujeres amantes ni prostitutas—y con niños, con muebles y enseres domésticos, con el pasto carpido—no con el yuyal del fondo. Esa construcción no sería ya ni un baldío ni un “bulín”, sino un espacio que el Pelado y Olga civilizarían, una casa cuya soberanía ciudadana podrían recuperar y mantener con las armas que los civiles próximos a nacionalizarse emplearon en 1806 y 1807. La gesta de 1987 que el Pelado contó muchas veces y a mucha gente, imaginaba otro final para una historia que nació en el tiempo y el espacio ejemplares de la liminalidad, la experiencia de nuestra guerra.

Bibliografía

Archetti, Eduardo P. (1999) Masculinities. Football, Polo and Tango in Argentina. London: Berg. Traducido como Masculinidades. Football, Polo y Tango en la Argentina. Buenos Aires: Editorial Antropofagia, 2003.

Balza, Martín Antonio, comp. (1989) Relatos de soldados. Buenos Aires: Ejército Argentino, Biblioteca del Suboficial, 154.

Bilton, Michael and Peter Kosminsky. (1989/1991) Hablando claro. Testimonios inéditos sobre la guerra de las Malvinas. Buenos Aires: Emecé editores.

Burns, Jimmy. (1987) The Land that lost its Heroes- Argentina, the Falklands and Alfonsín. London: Bloomsbury.

Busser, Carlos. (1987) Malvinas, la guerra inconclusa. Buenos Aires: Ediciones Fernandez Reguera.

Cardoso, Raul; Adolfo Kirchbaum y Ricardo Van Der Kooy. (1983) La Trama Secreta. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Costa, Eduardo José. (1988) Guerra bajo la cruz del sur. Buenos Aires: Hyspamérica.

Esteban, Edgardo y Gustavo Romero Borri. (1993) Iluminados por el fuego. Confesiones de un soldado que combatió en Malvinas. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Farinella, Jorge R. (1985) Volveremos. La Plata: Ediciones Rosario.

Freedman, Lawrence & Virginia Gamba. (1990) Signals of War. The Falklands Conflict of 1982. London: Faber & Faber.

Guber, Rosana (1994) "Hacia una Antropología de la Producción de la Historia" en Entrepasados IV(6):23-32.

Guber, Rosana (2001a) ¿Por qué Malvinas?. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, Colección Breve.

Guber, Rosana (2001b) "Adopción, filiación y el fracaso de la reciprocidad. El respaldo de residentes extranjeros en la Argentina a la 'recuperación' de las Islas Malvinas en 1982". European Review of Latin American and Caribbean Studies CLAS - CEDLA Latin America Studies, Amsterdam, Netherlands. October.

Guber, Rosana (2004) De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.

Hastings, Max and Simon Jenkins. (1984) La batalla por las Malvinas. Buenos Aires: Emecé.

Kon, Daniel. (1982) Los Chicos de la Guerra- Hablan los soldados que estuvieron en Malvinas. Buenos Aires: Editorial Galerna.

Latin American Newsletters. (1983) Guerra de las Malvinas y del Atlántico Sur en Partes Oficiales y Comparativos. Buenos Aires, Catálogos.

Manzilla, José A. (1987) Malvinas. Hambre y coraje. Diario de un soldado. Buenos Aires: Editorial Abril.

Moro, Rubén O. (1985) La Guerra Inaudita- Historia del Conflicto del Atlántico Sur. Buenos Aires: Editorial Pleamar.

Peel, J.D.Y. (1984) "Making History: The Past in the Ijesha Present." In Man 19(1):111-132.

Piaggi, Italo A. (1994) El combate de Goose Green. Buenos Aires: Editorial Planeta.

Robacio, Carlos H. & Jorge R. Hernández. (1996) Desde el frente. Batallón de Infantería de Marina n5. Buenos Aires: Solaris.

Ruiz Moreno, Isidoro J. (1986) Comandos en Acción. El Ejército en Malvinas. Buenos Aires: Emecé Editores.

Speranza, Graciela y Fernando Cittadini. (1997) Malvinas 1982. Partes de Guerra. Buenos Aires: Editorial Norma.

Turner, Victor. (1969) The Ritual Process. Ithaca, Cornell University Press.

Túrolo, Carlos M. (h.). (1982/1985) Así lucharon. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Van Gennep, Arnold. (1960) The Rites de Passage. Chicago: The University of Chicago Press.